

# SABER GANAR

Arrate Egaña

**S**é que era primavera, de lo contrario no habrían organizado una partida de ajedrez viviente en la Alameda, la partida entre el ruso y el último que perdiera contra él en pueblo. Sería como el Belén viviente de Navidades, aunque con algo más de acción y con fichas humanas.

El ruso ha llegado, murmuró él, ya está aquí, y sacó el viejo juego de ajedrez del armario del salón. Era lo que hacía en cuanto volvía del trabajo, siempre y cuando no hubiera que arreglar el motor de la lavadora, que se averiaba frecuentemente. Nadie en casa aceptaba sus retos, así que se retaba a sí mismo, o se marchaba a jugar al Fomento Cultural. A ella le gustaba la música; escuchaba a los clásicos por la radio y cantaba arias de zarzuela o cualquier canción de moda. Nosotros imitábamos sin mucho éxito aquellas actividades, no habíamos heredado ni el talento musical de ella ni la capacidad estratégica de él.

Los jugadores de ajedrez soviéticos eran un mito en aquellos años. En el Fomento nos contaron que los zares eran muy aficionados y que Trotsky había llevado a cabo su revolución utilizando técnicas ajedrecísticas. Los rusos no tenían rival y, sin embargo, muchos aficionados del pueblo se apuntaron a la ligullera para probar suerte contra Igor Boleslavsky, el joven siberiano que nos había concedido la gracia de su presencia. No poseía aún el título de Gran maestro ni había ganado el

Campeonato del Mundo, méritos que conseguiría más adelante, pero era una estrella para los entendidos locales.

Tras una semana de competiciones se clasificaron seis jugadores, entre los que se encontraba él, mi padre. Durante aquel año había conseguido la Copa de Guipúzcoa y el Premio Regional, así que pensamos que tendría posibilidades, siquiera de empatar con el ruso. Mi madre rebosaba entusiasmo aunque el ajedrez le aburría soberanamente y prefería hacer cualquier otra cosa antes que sentarse delante de mi padre con un tablero en medio.

Entre tanto Boleslavsky y su séquito se habían hospedado en el Hotel Londres y les habían visto



comer en el Panier Fleury. El joven vencía en tiempo récord a jugadores y jugadoras de otras localidades y continuaba jugando como quien respirara. Aquello no era más que un adiestramiento para él.

Aquel jueves se suspendieron todas las actividades en el Fomento Cultural. Cubrieron las viejas mesas con sábanas para ofrecer un aspecto más formal y sobre cada una de ellas se dispuso el tablero con las fichas perfectamente alineadas, además del reloj reglamentario con sus dos esferas y uno de los interruptores alzado.

Los seis jugadores se sentaron en hilera frente al ruso que permanecía de pie. Cinco hombres y Jacinta Usabiaga, una jugadora mítica del pueblo. Los espectadores, familiares de los jugadores y otros jugadores que habían sido desclasificados previamente, nos quedamos apelotonados en el pasillo intentando no hacer ruido y estirando el cuello para poder ver el pelo tieso y plateado del ruso, su mirada de acero.

Durante el embate permanecía unos segundos delante de cada adversario y, tras dejarle sumido en la desolación, pasaba al siguiente. Nuestros jugadores se afanaban en paliar los desastres ocasionados por cada movimiento que aquel fenómeno efectuaba con sus manos blancas y alargadas. Apertura escocesa de uno, inglesa de la otra; Ca6, Cf3, Re2, Gambito de dama..., retransmitía en susurros un cronista espontáneo que conseguía seguir las jugadas. Se sucedían las exclamaciones de sorpresa ahogadas y suspiros de arrobamiento entre los expertos. Los zapatos del ruso rechinaban contra el suelo de madera mientras iba y venía frente a los desdichados que esperaban el último compás del pulsador del reloj, tac, con el que finalizaba la partida. Bufidos acallados de desilusión cuando salían los vencidos. Lekuona, Joseba, Txisko. Mi padre resistía. Si me ponía de puntillas podía verle de perfil, corpulento, sin despegar la mirada del tablero. Salió Benita Usabiaga. Aranburu, el quinto.

Boleslavsky se sentó frente a él visiblemente irritado. Su concentración, densa al principio, se volvió agresiva; parecía estar al borde de la auto-combustión. Él no le miraba. Los segundos se dilataban. El comentarista musitaba los movimientos: bloqueo al alfil del rey, Td1, Cb6 10, defensa siciliana, ¡sacrifica un caballo!... Había quien

ponía los ojos en blanco o quien retenía el aliento a la espera del siguiente cataclismo. La señora Usabiaga se llevó la mano a la frente como si fuera a desmayarse.

Cuando mi padre ganó, surgió un griterío en el pasillo que se vio enmudecido por los juramentos en ruso de Boleslavsky. Alfiles, peones, caballos, incluso reinas y reyes se precipitaban contra las paredes. Arrojó al suelo tableros y sillas. Una sábana alzó el vuelo dejando una de las viejas mesas en los huesos y temblando de miedo. Su agente litigó con la presidencia del Fomento Cultural. Debían entenderlo: Boleslavsky no podía perder. Aquella partida no se representaría en la plaza del pueblo. El alcalde, que se personó en el Fomento con ánimo conciliador aunque procurando salvaguardar la victoria de su vecino, tampoco tuvo éxito en la negociación. Tras arduas discusiones, hubo que aceptar una derrota ficticia.

¿Ni cuando ganábamos podíamos ganar?, preguntó mi madre aquella noche terrible, ¿siempre perder? ¿Perder en todo? Él nos explicaba, a ella, a mis hermanos y a mí, que aquel jugador era un profesional, que llevaba días jugando con mucha gente y que por eso había perdido, porque estaba cansado, y que aquella partida no



podía empañar su carrera... Nada de aquello nos importaba lo más mínimo, queríamos la victoria justa. ¿Cómo debíamos interpretar lo sucedido? ¿Cuál era la lección que aprendíamos? ¿Que siempre podría ganarte alguien, porque tenía algo que tú no tenías, un nombre, amigos influyentes, una posición? ¿Por qué nunca estábamos en el lugar adecuado para ganar?

Llovió durante un par de días y de nuevo salió el sol. Mi padre no parecía especialmente abatido o lo disimulaba. Pero mi madre no cantaba. Nosotros sólo deseábamos que todo aquello pasara, olvidarlo todo, la esperanza, la gloria de los dos segundos en el pasillo del Fomento Cultural, el regusto a injusticia.

La Alameda amaneció el sábado con guirnaldas entre sus plataneros, con globos y serpentinas en las puertas de los bares y en los bancos de la plaza. Días antes habían pintado los 64 cuadros blancos y negros en el suelo, en ocho filas y ocho columnas, que permanecieron sitiados para que se secaran. A cada lado situaron un estrado de madera muy alto, dos troncos desde donde cada jugador emitía sus movimientos a través del



micrófono. Las piezas humanas, ataviadas con trajes medievales, se trasladaban con actitud robótica a la casilla correspondiente. Mi madre se erguía casi orgullosa. Ver a mi padre allá arriba tal vez mitigara vagamente el lastre de la arbitrariedad sufrida. La gente aplaudía. Nosotros esperábamos atormentados el inevitable desenlace. Él siguió paso a paso la partida del jueves, si bien terminaba cayendo en un error inaudito, tonto. Así, por fin, perdió. Sin embargo, le ovacionaron, tanto como al ruso.

Los jugadores se estrecharon la mano y se despidieron para siempre. Ambos parecían satisfechos. Los disfrazados se dispersaron entre los espectadores, que a su vez se mezclaron con los rusos. Todos bebieron con idéntica avidez en los bares de la plaza. Nosotros nos fuimos a comer a casa con nuestros primos y tíos, que habían comprado pasteles.

Los cuadros del tablero pintados en el suelo se fueron emborronando y al cabo de un tiempo desapareció por completo. Él siguió acudiendo al Fomento después del trabajo, si el motor de la lavadora se lo permitía, a echar una partida. Para alivio general ella empezó a cantar a los pocos días, como hacía siempre, mientras trajinaba por la casa. Al parecer, era eso lo que debíamos aprender, aunque entonces no nos diéramos cuenta.

Un día Boleslavsky salió en la televisión. Había ganado un premio internacional. Seguía teniendo el pelo tieso y plateado, y la mirada fría. Mi padre se alegró mucho al verle pero a nosotros ya aquel asunto ya no nos importaba demasiado.

